



CAPITULO VIII

Bucólica

A á todo esto, dijo el capellán al otro día entrando cuando el sol estaba ya muy alto, usted no sabe con quién trata ni por qué le dirijo la palabra. Yo soy Eulogio Flores, llamado en el Seminario *La Toronja*, y vivo aquí como capellán que soy de este rancho con honores de hacienda. Tengo setenta y cinco años, pocas ilusiones, mucha indulgencia para las faltas ajenas y mucho rigor para las mías. Mi capital lo forman esta sotana que usted ve, dos mudas de ropa blanca, algunos libros de religión, el *Quijote* y el *Periquillo*. No soy conservador ni liberal; aunque gozaba de un beneficio pingüe, á mi prelado le pareció conveniente quitármelo á causa de que había confesado á un juramentado. Traté de defenderme, quiso hacerme decir si el penitente se había

retractado antes de morir, me rehusé por creer que eso era parte del sigilo confesional, y me quedé sin curato. Poco después, dos jóvenes á quien no habían querido casar por causa de las opiniones del varón, se presentaron ante mí mientras decía la misa, declararon que se tomaban por marido y mujer y yo dije que era perfecta la unión. Esto ha bastado para que me tachen de *colorado*, de *hachero* y de no sé cuántas cosas más. Ahora vivo aquí como capellán, por el favor que me quiere hacer señor don Alonso.

Ese día me levanté por mi propio esfuerzo, y me estuve en la ventana del cuarto contemplando el campo. Era domingo, los peones habían ido al lugar cercano, á proveerse de manta, de carne, de velas... y sobre todo de aguardiente.

A un tiempo mismo renacíamos la naturaleza y yo; ella pujante, lozana, manifestándose en forma de renuevos en los troncos, de yemas en las ramas, de nidos en las copas, de verdura en el suelo, de musgo en las paredes y de amor en los animales. Yo, que me figuraba casi muerto, sentía renacer nueva vida. conocía que algo desconocido brotaba dentro de mí, y me afianzaba á ello para recomenzar la existencia y vivirla con más brío.

Don Alonso llegó el lunes siguiente acompañado de su mujer y sus hijas. Era un ranchero bueno, simpático, de los de pan pan, vino vino. Su cara era de las que ya no

se usan ahora, que el tipo criollo se va perdiendo más y más todos los días. Era de color blanco, gran nariz, patillas á lo Iturbide, ojos zarcos, cara larga y gesto noble. Sabía de mi presencia en el rancho y lo había aprobado porque, decía, al fin á él el Gobierno no le mantenía ni tenía que andarle pidiendo pareceres sobre á quién había de recibir en su casa.

Su mujer, mi señora doña Eduviges, era el tipo de la dama de aquellos tiempos, franca, servicial, amante de su marido y de sus hijos. En sus juventudes, ¡ay! algo distantes, se puso el tápalo de tres vistas, el *bullarengue*, el *zorongo*, las medias de *la patente* y el zapato bajo; hay también indicios, y así lo refieren muy graves autores, de que la rancherita lució



como nadie el rebozo *calandrio* y el *ametelado*, las *puntas enchiladas* y el zagalejo de *castor*; pero todo eso se encontraba muy lejos de la buena señora, que se limitaba á vestir un antipático *túnico* de grano de oro, que le cubría desde la barba hasta los pies.

Las niñas eran al estilo de las de Moratín, calladas, tristes, *zonguitas* y vergonzosas, como si no hubieran visto otro hombre en su vida.

Cuando ya me sentí fuerte, don Alonso me dijo una noche:

— Mañana, con la fresca, se va usted á reconocer este rancho, que es suyo; no es grande, apenas un sitio de ganado mayor, otro de menor, y tres caballerías; pero, en cambio, no me quejo de él; tiene montes, tierras de regadío y de labor, agua bastante, su molino y su magueryera. Yo no podré acompañarle, porque tengo que ir al pueblo; pero irá con usted Guadalupe, mi mozo de estribo, que yo sé le dejará contento. Con que á descansar, y prepárese á darse una *argollada*.

A las tres me tocó la puerta el muchacho. Como dormía desde las ocho, desperté listo y avispado.

— Amo, *alevántese*, que ya salió la *guía* y no tarda el *lucero*. Está chula la mañana; si se da prisa, largamos al sol y no viene á calentarnos hasta más allá del monte de la Taponá.

En un periquete me puse en pie y llegué á la puerta cuando todavía era noche cerrada.



Las niñas eran al estilo de las de Moratín, calladas, tristes, *zonguitas*...

— ¿No decías que era ya de mañana?

— Sí, *siñor*; y como el amo me dijo que *dispertara* á la buena persona de usté á la muy mañana, *ansina* lo hice.

En el patio estaban atados dos caballos, uno de bonita estampa, otro *chaparrón*, peludo y de recios corvejones. Monté en el *Comanche*, como se llamaba el *cuaco* que me destinaron, y Guadalupe se *horquetó* en el chiquitín y feucho.

— No más me dice por *ónde*, amo.

— ¡Qué te voy á decir, hombre, si tú eres quien va á guiar!

— *Asigún* eso, vamos á *vesitar* el rancho. *Pos ampezaremos* por el ojo de agua del *Perverso*, seguiremos por lo de *Soto*, nos meteremos por *Juanchorena*, de allí cogemos de *jilo* por la *Treseña* pa bajar *endilgaos* á comer al potrero de Santos Elórtegui.

— Tú mandas; yo no sé nada de eso.

— Pos á caballo, mi amo. Le ruego á su buena persona tenga cuenta con el *andantito*, que *unque* es un burro, con *enmienda* de usté, tiene su brío, y de que se *aplata* á los reparos, es cosa que tumba hasta á Santo Santiago... No más no le clave las espuelas ni le *anseñe* la cuarta porque mide sus tierras. Yo ya sé que su *mercé* es *melitar* y que ha de haber *montao* pencos de condición; pero hay caballos mañosos y *paresos* no vale la *cencia*, porque le *comen el trigo á cualquiera*.

Arrebujados, yo en mis mangas azules y el mozo en su *gabán* del Saltillo, *embrocado*, salimos al *tranco* de las bestias. Guadalupe compuso un cigarro tirando de la hoja, que asomaba por entre el sombrero y la frente, sacó el eslabón, encendió el pitillo y empezó á cantar. Unas veces eran *mañanitas* como

Chula la mañana,
Chula la mañana,
La mañana chula...

Son las tres de la mañana,
Ya viene alboreando el día;
Acaríciame, tirana,
En tus brazos, vida mía,
Hasta que toque la diana
El dos de caballería...

Saludemos con gusto, señores,
Este día de placer tan hermoso;
Don Juanito se encuentra gozoso
Y contento su fiel corazón.

Otras veces eran cancioncillas melancólicas, ó *sones abajeños*, que se dicen al son de un arpa enorme:

Palmero, sube á la palma
Y dile á la palmerita

Que si ya sabe de amores
Oiga á quien la solicita.

Eres arenita de oro,
Te lleva el agua,
Te lleva el río,
Asina se va llevando
Tu amor al mío
Tu amor al mío.

¡Ay, ay, ay qué malo estoy,
Ay, ay, ay cuánto me duele!
¿Dónde encontraré un ay ay
Un ay, ay que me consuele?

O picarescas como:

Si porque viste de *curro*
Cortar quiere ese clavel,
Sepa, hombre, que no es la miel
Para la boca del burro;
Güela y aléjese de él...

Estoy que de frío reniego
Y de un colchón tengo gana;
Trasquila, *mi alma*, al borrego,
Que yo *variaré* la lana
Y verás la obra que *entriego*...

Estando en San Juan Capire
 Me dijo una capireña:
 Si me ve con mi marido
 No me haga ninguna seña.

Como lo había dicho el mozo, sentimos el sol cuando bajábamos la cuesta de la Taponá, entre madroños, robles y retamas.

— Amo, con su permiso aquí me bajo á coger tantita yerba del cáncer, gordolobo y yerba de la golondrina pa curar un pasmo. *Aspéreme* un poquito.

Estuve parado descansando sobre la cabeza de la silla, los pies salidos de los estribos y la barba en la mano, viendo el horizonte inmenso que ante mí se desenvolvía: el dombo azul del cielo cubriéndolo todo, unas cuantas nubes, verdaderos copos de algodón, navegando á voluntad del viento; luego montañas oscuras; en seguida, chozas de pastores, manadas de caballos ó de vacas, y abajo la llanura verde, lujuriosa, mostrando sólo, como remiendos en el recamo de un manto real, de trecho en trecho, *cuamiles* agostados de yerba amarillenta y parásita...

— ¿Y tú eres de aquí, Guadalupe?

— Criollo y nacido, *siñor* amo. Mi *siñor* padre era de San Julián, una hacienda á las seis leguas; pero como casó con mi *siñora* madre, yo me crié aquí, en terrenos de *siñor* don Alonso.

— ¿Y eres casado?

— No, amito; me ando camelando á una muchacha, la hija de *ñor* Gregorio Quintero, el de la estancia de los Delgadillos, para ponerme en *graciediós* con ella; pero hasta ahora estoy *ingrimo* y sólo como la pluma en el *aigre*; ¡alabada sea su Divina Majestá!

— ¿Y tus padres?

— Los dos murieron; mi *siñora* madre se sepultó por estas *pixcas* hará dos años; mi padrecito falleció de un *acidente* que le vino de que al andar coleando se *trompezó* con una piedra su caballo, y la botó tan alto con perdón de usted, que aunque le echamos *fresadas* y *gabanes* pa que no le diera un *aigre*, quedó *insultao* y como *bienaventurao*.

— ¿Y estás contento en el rancho?

— *Algame*, amito, ¿cómo *nabía* de estar, si *siñor* don Alonso es la puritita miel en penca? Aquí no hay cepo, ni tienda de raya, ni castigos á la gente; aquí el que *quere* estar es porque se le antoja, no porque lo tienen, ¡bendito sea Dios!

Conversando así recorrimos plantíos, potreros, estancias, el molino y la huerta.

— Esta tierra prieta, me advertía Guadalupe, da trescientos por uno; tiene un migajón *palabar* á Dios.

— En ese potrerito, cerca del río, se dan las sandías más famosas.

— En aquel llanito nacen unas milpas, en que se pierde un cristiano *contoi* caballo.

— Esa barranca se llama del Gato, porque hay unas peñas *resbalosas* como jabón en que viven gatos monteses, águilas, tigres y no sé qué *jais* de animales coludos que dan unas mordidas que Dios me guarde.

A veces olvidaba su papel de cicerone y me preguntaba por las cosas que yo había visto.

— Y dígame, amo, dispensando su mercé, ¿ezque México está *sentao* en agua y que abajo hay *ilesias* con campanas y padres y todo, que se miran el jueves santo, cuando baja la laguna?

— ¿Ezque las gentes comen tamales de tripas de *pescao* y beben puritito pulque porque l'agua hace daño?

— ¿Ezque el caballito de *Trioya* se está haciendo de oro de tanto que le ha *dao* el sol?

— ¿Ezque la *catredal* es tan grande, que se miran las gentes chiquititas, como ora la hacienda de Navajas?

— ¿Ezque hay tantos coches que *pa* pasar de una calle á otra se necesita hasta tres horas?

Satisfacía la sencilla curiosidad del campesino, y cuando le invitaba á ver esos primores, me respondía:

— No, amito; *estátelo con tu nana y no lo mal impliés*. Si yo soy de aquí, ¿qué voy á hacer á lejos tierras, *onde* ni me conocen ni nada y es capaz que me ponga *trasijao*, con las tripas pegadas al espinazo y la lengua arrimada

á la *pader* de no echar nada á la barriga? No, salir de mi tierra será *lúltima* droga que le haré al diablo, con perdón de su buena persona.

Cuando llegamos á la casa nos esperaban el patrón y las niñas sentados en sendos *equipales*.

— ¿Qué tal? ¿se divirtió el señor de Pérez?

— ¡Encantado, señor! la propiedad es preciosa y le felicito por ella.

— Pues está á sus órdenes, amigo. Si Dios me da vida, aumentaré los lienzos de cerca, pondré otros *bordos* para regar cien fanegas más, meteré ganado texano y haré otras cosas. Y ahora, vámonos á rezar, que el padre don Eulogio está queriéndose dormir.

Rezamos el rosario con su acompañamiento de sudarios, estaciones, plegarias á este santo y al otro, y cuando concluimos, criados é hijos pidieron la mano al padre Flores.

Y luego, á dormir hasta el día siguiente.

Vivía los días de paseo á pie y á caballo, comiendo bien, durmiendo mejor y engordando á ojos vistas. El tiempo se pasaba jugando tute, brisca, malilla callada, conquián, porrazo y burro castigado y sin castigo. Don Eulogio, gran punto en ajedrez, reñía desde el caer la tarde largas y formidables luchas con el castellano de aquel castillo, mientras los criados, la señora y las niñas contaban desde otros ángulos de la sala cuentos de apa-